

Carmen González Vázquez (dir.), *Diccionario de personajes de la comedia antigua*, Zaragoza, Pórtico, 2016, 530 pp.

Comencemos por lo más obvio, a saber, explicar este sintagma tan afortunado: «diccionario de personajes». A priori, todos tenemos una idea de qué es un diccionario y qué es un personaje, pero su juntura, al igual que ocurre con las perifrasis, cuyo significado no es igual a la suma del significado de sus componentes, nos ofrece algo más, algo de un extraordinario valor para el estudioso de la comedia antigua, tanto en su vertiente literaria como dramática. El *DRAE* dice que un ‘diccionario’ es un «repertorio en forma de libro o en soporte electrónico en el que se recogen, según un orden determinado, las palabras o expresiones de una o más lenguas, o de una materia concreta, acompañadas de su definición, equivalencia o explicación». Pero, ¿qué hay que entender por ‘personaje’? En este caso nos valdría la segunda acepción de la entrada correspondiente en el *DRAE*, la que afirma que es «cada uno de los seres reales o imaginarios que figuran en una obra literaria, teatral o cinematográfica». Pero en este punto podemos ser más concretos para entender mejor qué libro tenemos entre nuestras manos, para lo cual podemos ayudarnos de otro diccionario, por ejemplo, el *Diccionario de términos literarios* de Demetrio Estébanez Calderón (Madrid, Alianza, 1999), que pone en primer plano que se trata de un término derivado del latín (*persona*: ‘máscara’) que, a su vez, recoge el significado del término griego correspondiente (*prosopon*: ‘rostro’) utilizado en el teatro con el significado de ‘papel’. Obviamente, los personajes se presentan en una enorme variedad a lo largo de la historia del teatro, variedad que admite clasificaciones desde distintos criterios (por su configuración y grado de individualidad, por su gradación jerárquica en el desarrollo de la acción, por su génesis y desarrollo, por su grado de complejidad, por su unidad o pluralidad, por las funciones desarrolladas...) y que nos habla de la complejidad del material que conforma un «diccionario de personajes».

No es este el primer diccionario con estas características generales, de agrupar «seres reales o imaginarios». Ya contábamos con una prosopografía elemental de la historia antigua de Grecia y Roma en el *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos* de Jorge Martínez-Pina Nieto, Santiago Montero Herrero y Joaquín Gómez Pantoja (Madrid, Akal, 2008), que recoge la biografía de los principales personajes con una participación destacada en los acontecimientos históricos del mundo clásico. Y para la literatura clásica con el de M.C. Howatson, en las dos versiones en que se editó en Alianza Editorial, *Diccionario de la literatura clásica* (Madrid 1991) y *Diccionario abreviado de la literatura clásica* (Madrid 1999), coordinados por el profesor Antonio Guzmán. Y para otras literaturas hay libros que, incluso, aúnan los personajes históricos con los de ficción, como el *Diccionario de personajes históricos y de ficción en la literatura alemana*, coordinado por Eva Parra Membrives (Madrid, Verbum, 2001).

Además, a la coordinadora del volumen debemos el *Diccionario Akal de teatro latino. Léxico, dramaturgia, escenografía* (Madrid, Akal, 2014), que tiene como base la Tesis Doctoral de la autora, *El léxico teatral latino. Estudio terminológico y dramático* (UAM, 1996), y que tuvo una primera versión en Ediciones Clásicas (Madrid, 2004). Y en estos antecedentes no podemos dejar de citar los trabajos de dos colaboradores del volumen que, como se apunta en el Prólogo (p.8), se han utilizado para la elaboración del diccionario, a saber, el libro de Matías López López, *Los personajes de la comedia plautina: nombre y función* (Lérida, Pagès Editors, 1991), y la Memoria de Licenciatura de Belén Gala Valencia, *Los nombres propios en la comedia de Aristófanes y de Menandro* (UAM, 2003).

Pues bien, no es el primer diccionario, pero sí es el primero que aúna de manera orgánica a todos los personajes de la comedia antigua, griega y romana, con el valor que ello tiene. El libro es fruto de un prolongado esfuerzo a lo largo de siete años en los que un equipo interdisciplinar, interuniversitario e internacional ha trabajado en los personajes que aparecen en las obras cómicas de la Antigüedad, dando como fruto lo que en el Prólogo se califica como «libro de literatura dramática comparada» (p.7).

Las entradas de este diccionario, que no pretenden ser un análisis «definitivo» de cada personaje, convierten en protagonistas de una monografía, compañeros de reparto podría decirse, a personajes protagonistas con secundarios, incluso con aquellos que no tienen texto, ni siquiera nombre, a griegos con romanos. Porque están incluidos todos los personajes con presencia escénica, aunque no tengan texto. Solamente están excluidos los de la *togata* y de los fragmentos de *palliata*, por no contar con documentación suficiente. En el caso de nombres que se repiten en distintos autores o en obras de un mismo autor, tienen una entrada independiente si los personajes homónimos tienen rasgos que los individualizan; en caso contrario se agrupan en el mismo lema. Cada entrada, que va firmada (en las pp.9-10 aparece el listado de colaboradores con sus correspondientes abreviaturas y obras en las que han trabajado), tras el nombre presenta entre paréntesis la forma correspondiente en latín o griego. Cuando es posible, al final del artículo se añade la bibliografía relativa al personaje, lo que permite ampliar la información.

El volumen, como ayuda a su consulta, tras el cuerpo del diccionario propiamente dicho cuenta con una serie de utilísimos índices. El primero de ellos, «Índice de *komodoúmenoi*» (pp.497-500), recoge los personajes públicos, o ampliamente conocidos, citados en los autores cómicos fragmentarios situados entre los ss. IV-V a.C., excepto Aristófanes. Le siguen los «Elencos» (pp.501-511), que presentan a todos los personajes que aparecen en cada una de las obras, ordenadas alfabéticamente con indicación del autor entre paréntesis. Por último, la «Bibliografía general» (pp.513-530), que incluye los trabajos citados de manera abreviada al final de los artículos.

Contar con un censo de personajes como el que nos ofrece este diccionario permitirá a los investigadores extraer todo tipo de conclusiones, de las cuales muchas necesitarán de una reelaboración mayor de la que un diccionario puede ofrecer. Algunas, como señalan Javier Huerta y Héctor Urzáiz, coordinadores del *Diccionario de personajes de Calderón* (Madrid, Editorial Pliegos, 2002), resultarán muy evidentes con la sola consulta de los nombres, mientras que otras podrán sorprendernos por no aparecer a primera vista, y otras se nos seguirán escapando, pero acabarán aflorando gracias a las lecturas de los especialistas. Lo cierto es que este vasto material onomástico nos ayudará, sin duda, a una mejor comprensión de la comedia antigua,

y, como apunta la profesora Carmen González (p.7), abrirá al lector «nuevas vías de exploración y de acercamiento a los personajes teatrales de la comedia clásica, así como de su influencia en el teatro occidental».

La aparición de un diccionario siempre es una buena noticia. La historia de las palabras y de los nombres, cada uno de ellos un pequeño mundo, refleja la de las ideas. Hace ya muchos años, en un trabajo para la revista *TEMPVS* (30 [2002] 99-109) titulado «El diccionario como depositario de las lenguas y su interpretación del mundo», afirmaba quien firma estas líneas que un diccionario nos trae una civilización a través de sus palabras, reflejo de su cultura e ideas, que ayudará a mantenerla siempre viva. Pues bien, esta afirmación es perfectamente aplicable a este diccionario de personajes, que, a la postre, no son otra cosa que el reflejo de una sociedad, una cultura, por más que esta se presente en ocasiones caricaturizada hasta la deformación.

Antonio López Fonseca
Universidad Complutense de Madrid
alopezf@filol.ucm.es